

BIBLIOGRAFÍA

- AGUSTÍN DE HIPONA (santo), *Contra Maximinum Arrianum* (PL 42, 743-814).
- , *De fide et symbolo liber unus*, en *Obras completas*, vol. XXXIX, Madrid 1988 (BAC 499, 365-421).
- , *De Genesi ad litteram*, en *Obras completas*, vol. XV, Madrid 19692 (BAC 168,463-1033).
- , *Enarrationes in Psalmos* (vol. 2: CCL 39, 623-1417).
- , *Retractaciones* (CCL 57, 1-143).
- , *Sermo de symbolo ad catechumenos 4,11* (CCL 46,185-199).
- von BALTHASAR, H. U., *Il tutto nel frammento*, Milano 1970.
- BENEDICTO XII, *Constitución Benedictus Deus* (1336); DzH 1000-1002.
- BENOIT, P., "L'Ascension", en *Exégèse et théologie*, vol. I, Paris 1961, 363-411 (art. original en *Revue Biblique* 56 [1949] 161-203).
- , "Ascensión", en LÉON-DUFOUR, X., *Vocabulario de teología bíblica*, Barcelona 1965, 89-92.
- FORSTER, K., "Subió a los cielos y está sentado a la derecha de Dios, Padre omnipotente", en RATZINGER, J. – H. U. VON BALTHASAR et al., *Yo creo*, Madrid 2010, 85-98.
- GRANADOS, J., "The First Fruits of the Flesh and the First Fruits of the Spirit: the Mystery of the Ascension", *Communio: International Catholic Review* 38 (2011) 6-38.
- GREGORIO MAGNO (santo), *Moralia in Iob* 27,15,29 (vol. III: CCL 143B, 1143-1811).
- GRONCHI, M., "Prefazione", en BRACCI, M., *Nel seno della Trinità. Il mistero dell'Ascensione di Gesù*, Pisa 2011.
- IRABURU, J. M., *Infidelidades en la Iglesia*, Pamplona 2005.
- JUAN PABLO II (santo), *Discurso a la plenaria de la Pontificia Academia de las Ciencias en el cincuentenario de la refundación*, 28-X-1986 [www.vatican.va].
- , *Creo en Jesucristo. Catequesis sobre el Credo (II)*, Madrid 19965.
- , *Creo en la vida eterna. Catequesis sobre el Credo (VI)*, Madrid 20032.

JULIÁN DE TOLEDO (santo), *Prognosticum futuri saeculi libri tres*(CCL 115, 11-126).

LEÓN MAGNO (santo), *Tractatus* (Sermones 39-96: CCL 138A, 211-595).

LINDBERG, D. C., *Los inicios de la ciencia occidental*, Barcelona 2002.

LOHFINK, G., *L'ascensione di Gesù, invenzione o esperienza?*, Brescia 1976 (orig. alemán *Die Himmelfahrt Jesu – Erfindung oder Erfahrung*, Stuttgart 1972).

MARITAIN, J., “En suivant de petits sentiers”, *Revue Thomiste* 72 (1972) 233-252.

MARSCHLER, T., *Auferstehung und Himmelfahrt Christi in der scholastischen Theologie bis zu Thomas von Aquin*, vol. I, Münster 2003.

RATZINGER, J. [BENEDICTO XVI], *Jesús de Nazaret II. Desde la Entrada en Jerusalén hasta la Resurrección*, Madrid 2011.

RIAZA MORALES, J. M., *La Iglesia en la historia de la ciencia* (BAC 601), Madrid 1999.

SOLÍS, C.– M. SELLÉS, *Historia de la ciencia*, Madrid 2005.

TOMÁS DE AQUINO (santo), *Comentario a las Sentencias*, vol. III/1, Pamplona 2013.

———, *Suma de teología III* (vol. V), Madrid 2002.

UDÍAS VALLINA, A., *Ciencia y religión. Dos visiones del mundo*, Santander 2010.

WALAFRIDO ESTRABÓN, *Glossa ordinaria*(vol. I: PL 113, 67-1316).

Inteligencia Espiritual

Rev. Aragon. Teol. 56 (2022)

Francisco Javier Lacasta

Para Josema,
que alcanzó la plenitud mientras se escribían estas páginas;
agraciado con una gran inteligencia espiritual
y permanentemente dispuesto a
compartir sus frutos con todos.

Gracias a M^a. Carmen Herrando,
siempre disponible y atenta.

1. Introducción

En nuestras aulas es cada día mayor el número de alumnos de diferentes nacionalidades que interactúan entre sí. Esta variedad se concreta en una extraordinaria riqueza de coordenadas geográficas y culturales y, con ellas, también religiosas. Todas las religiones son la concreción histórica y social de una dimensión específica del ser humano que llamamos espiritual. Esta dimensión recoge y expresa la interioridad del ser humano, se da a conocer en sus coordenadas culturales y se articula según unas prácticas, o su negación, que recogen el procesamiento de la información procedente del entorno según cierta versión de una perspectiva peculiar; según una inteligencia concreta que llamaremos *inteligencia espiritual*.

Esta inteligencia se cultiva en la misma medida en que la persona se pregunta cuestiones fundamentales o últimas que le interpelan desde su propia experiencia, pero a las que no puede dar respuesta definitiva con los recursos que maneja en su vida cotidiana. El ser humano va reflexionando sobre esas cuestiones y consigue así, por un lado, dejar atrás límites y encontrar modelos teóricos que le permiten explicarse el mundo, mientras que, por el otro, recalca en sí mismo y descubre una dimensión profunda desde la que aspira a mejorar, a construirse como persona. El resultado de la combinación de ambas dimensiones es el descubrimiento de un sentido, de una guía para la existencia. Eso que cultiva es lo que llamamos espiritualidad, y su concreción práctica es lo que conocemos como religión, o bien, de forma sorpresiva, la negación de ella. En este contexto y de la mano de esta búsqueda, la inteligencia espiritual puede también encontrar un nexo que cada uno viva como unión con sus semejantes más próximos, de forma que pueda reconocerse como igual a ellos y, en consecuencia, distinto a otros, más lejanos. Y esta misma inteligencia puede ser fructífera también a la hora de relacionarse con otras perspectivas, con otras

espiritualidades. La inteligencia espiritual puede, pues, ayudarnos a establecer conexiones con otras tradiciones y a reconocernos emparentados con las personas que se criaron y desarrollaron en ellas. De ahí la importancia de su identificación y de la catalogación de las competencias que le son propias.

Existe la convicción de que es posible identificar una experiencia universal de apertura a la transcendencia, ya sea que finalmente se concrete en la práctica que llamamos religión o no, y que se relaciona de forma activa con la cultura. Cualquier relación intercultural es también una relación inter-religiosa, pero es también, sobre todo, un encuentro de espiritualidades. Desde este planteamiento esencial es posible encontrar puntos de contacto y delimitar zonas de confluencia entre todas las culturas y religiones que conviven en un mismo marco geográfico, de modo que pueda definirse una ética común. Nuestro ánimo es reflexionar sobre esta posibilidad y sobre la definición de la inteligencia espiritual entendida como capacidad de auto-transcendencia y superación personal, que tiene un importante marco de referencia en la relación cotidiana entre iguales y conciudadanos. Aplicaremos especialmente esta reflexión al mundo escolar, que cada vez más, se ve transformado en un crisol de experiencias culturales y religiosas y, por lo tanto, en un campo especialmente adecuado para el desarrollo personal, que puede, o debería, darse en el encuentro de tantas variedades, vivido desde una ética atenta al desarrollo y al bien de todos.

2. ¿Inteligencia o inteligencias?

En la década comprendida entre 1930 y 1940, L. L. Thurstone propuso un modelo multidimensional de inteligencia, que contemplaría nueve hábitos mentales primarios: el razonamiento inductivo, el razonamiento deductivo, el razonamiento acerca de cuestiones prácticas, la comprensión verbal, las relaciones espaciales, la memoria asociativa a corto plazo, la velocidad conceptual, la facilidad numérica y la fluencia verbal¹. Dio así origen a la llamada postura pluralista, que se erigió como rival del tradicional enfoque unidimensional que defendía una postura mucho más purista en la que la inteligencia se contemplaba como un bloque único.

En el seno de este debate, Howard Gardner se alinea en el bando pluralista y presenta en los años ochenta del pasado siglo su célebre teoría de las inteligencias múltiples basándose en “testimonios neurológicos, evolucionistas y transculturales”². Defiende en ella, en un primer momento, la existencia de siete tipos de inteligencia diferentes: la *lógico-matemática*, la *lingüística*, la *musical*, la *espacial*, la *cinestésico-corporal*, la *intrapersonal* y la *interpersonal*. Después añadiría también la *naturalista*,

¹ Cf. E. Arias. - V. Lemos, “Una aproximación teórica y empírica al constructo de la inteligencia espiritual”. *Enfoques* 27/1 (2015), 83.

² H. Gardner, *Frames of mind. The theory of multiple intelligences*, New York 2011, xxxi.

definiendo así ocho inteligencias básicas que todo ser humano combinaría inconscientemente para manejarse en su vida cotidiana. El origen de estos talentos especiales habría que buscarlo en el devenir evolutivo que dotó al ser humano de un elenco de mecanismos capaces de procesar la información de forma especializada y que pueden designarse como “mecanismos computacionales”³. Con cierta precaución, afirma también que no se podrá llegar a definir con precisión una lista definitiva del número de inteligencias humanas⁴. Para definir las que él propone establece ocho criterios que todas ellas deben cumplir. Así, afirma que toda inteligencia debe poder aislarse por un daño cerebral; debe constatar su autonomía con respecto a otras; debe depender de una operación medular o de un conjunto de operaciones identificables; debe ser posible percibir la historia de su desarrollo de modo diferenciado, así como un conjunto definible de niveles desiguales de pericia en el desempeño de su «estado final»; debe tener una historia evolutiva plausible incluyendo las características que comparte con organismos de otras especies; debe poder apoyarse en la psicología experimental; deben poder realizarse en ella hallazgos o comprobaciones psicométricas y, finalmente, debe ser susceptible de codificarse en un sistema simbólico⁵.

De entre todas las inteligencias que él propone, las conocidas como personales, es decir, la intrapersonal y la interpersonal, llamaron la atención de varios autores hasta que, finalmente, será D. Goleman quien, siguiendo de cerca el camino iniciado por P. Salovey, defina la inteligencia emocional a partir de un conjunto de características tales como:

“la capacidad de motivarnos a nosotros mismos, de perseverar en el empeño a pesar de las posibles frustraciones, de controlar los impulsos, de diferir las gratificaciones, de regular nuestros propios estados de ánimo, de evitar que la angustia interfiera en nuestras facultades racionales y, por último –pero no, por ello, menos importante–, la capacidad de empatizar y confiar en los demás”⁶.

Es resaltable la cuestión de que Goleman, Salovey y otros comiencen hablando de las emociones particulares, personales, para terminar, exponiendo la repercusión que éstas tienen sobre el entorno social. Es este ya un paso decisivo en la cuestión de la trascendencia, pues la primera realidad que encontramos más allá de nosotros mismos son los otros, inmersos, por supuesto, en un contexto común para todos.

³ *Id.*, 58.

⁴ *Id.*, 66.

⁵ *Id.* 66-71.

⁶ D. Goleman, *Inteligencia emocional*, Madrid 2003, 61.

Años después, preguntado expresamente por la posibilidad de que exista una *inteligencia espiritual*, Gardner la niega, pero defiende la presencia en el ser humano de una exclusiva *inteligencia existencial*, por la que éste puede plantearse el significado de la vida y de la muerte y preguntarse por cuestiones relativas al ámbito de lo infinito o de lo infinitesimal, a las que tradicionalmente se les ha considerado espirituales o religiosas, pero que él quisiera expresamente desvincular de esta concepción, al tiempo que reconoce que “a lo largo de gran parte de la historia y en la mayoría de las culturas, la religión ha sido un área principal en la que se abordan temas existenciales y se intenta, al menos, encontrar respuestas”⁷. Es posible que la inteligencia espiritual tuviese que ocupar el lugar de esta inteligencia existencial pero también es verdad que el planteamiento de Gardner ofrece una posibilidad de enganche a todas aquellas personas que, sea por las razones que sean, no se plantean lo espiritual como una posibilidad en sus vidas y asumen su existencia al margen de estas consideraciones.

Entre aquella primera formulación de la teoría de Gardner y esta última concreción en la que se admite la existencia de una inteligencia existencial, apareció en 2001 la obra de D. Zohar e I. Marshall⁸ que explícitamente inaugura, ya en el título, el concepto de *inteligencia espiritual*. Consideran que todas las inteligencias descritas por Gardner son variaciones de tres inteligencias básicas que ellos identifican con la inteligencia racional, estandarizada en el cociente intelectual (CI), la inteligencia emocional (IE) y la propia inteligencia espiritual (IES). Esas variaciones son debidas a la diversidad y complejidad de formas en que el sistema nervioso trata la información recibida, la procesa y realiza conexiones que terminarán produciendo respuestas a esos estímulos o elaborando procesos y métodos de actuación. Esta inteligencia espiritual integra y coordina todas las demás inteligencias, nos permite ser creativos y asumir las riendas de nuestra propia vida, sin sucumbir a los dictados de las circunstancias exteriores y reconoce y crea valores. No está necesariamente referida al mundo religioso, pero tampoco es, por supuesto, contraria a él, aunque es también posible encontrarla fuera de él, incluso en quienes conscientemente lo niegan. La inteligencia espiritual es el alma de la inteligencia; es capaz de sanarnos y completarnos. Zohar parte de la contribución de estudios y planteamientos psicológicos y científicos al uso, pero utiliza también imágenes propias del mundo oriental y presenta una perspectiva holística que, en ocasiones, puede provocar rechazo en nuestra mentalidad occidental. Sin embargo, hay que reconocerle el mérito de

⁷ H. Gardner, “La educación del futuro”, en *X Congreso de Escuelas Católicas*, celebrado en Toledo del 26 al 28 de noviembre de 2009. https://cmapspublic.ihmc.us/rid=1J7Q3F6YD-1TX5L31-26NC/4Ponencia_Gardner.pdf [20/06/2022]

⁸ D. Zohar - I. Marshall, *Inteligencia espiritual*, Barcelona 2001. Los autores son el matrimonio compuesto por Dana Zohar, física y filósofa e Ian Marshall, psiquiatra. Aunque de ahora en adelante sigamos, en las notas, citando el libro con el nombre de ambos, en el texto hablaremos solo de Zohar, la principal redactora del original.

haber abierto la puerta a esta concepción que busca integrar lo intrapersonal con lo interpersonal y buscar la plenitud en el desarrollo de la persona que tenemos el potencial de llegar a ser⁹.

3. Dimensión física de la inteligencia

Vázquez Borau afirma que se puede definir la inteligencia como la capacidad humana de comprender una situación y saber aplicar los recursos a nuestra disposición para poder salir airoso de ella. No es una realidad monolítica que pueda compararse al almacenamiento de datos o la simple resolución de problemas¹⁰. Coincide con él, F. Torralba al afirmar que gracias a ella “encontramos respuestas que superan la lógica mecánica del estímulo y la respuesta”¹¹. Por su parte, Zohar afirma que todo lo relacionado con la inteligencia tiene que ver con el cerebro y el sistema neurológico. Este sistema se desarrolla conforme el individuo va experimentando, y pueden establecerse, a partir de su experiencia, conexiones neurales o ir suprimiendo las que ya no se utilizan¹².

Así, la inteligencia parece poder definirse como un proceso dialógico entre el ser humano y la realidad en la que se encuentra inmerso; realidad en la que sus semejantes juegan un papel más que relevante. En este diálogo pueden identificarse tres procesos fundamentales:

El primero de ellos se identificaría con la inteligencia racional que, según Zohar y Marshall, está organizada como un circuito en serie en el que el aprendizaje se produce paso a paso, y es útil para resolver problemas racionales o conseguir las metas propuestas, pero no es exclusivo del ser humano; puede hallarse también en los animales. Es similar a un programa de software: es precisa, rigurosa y eficaz¹³. Vázquez Borau recuerda que está directamente relacionada con el Cociente intelectual (CI) y que puede medirse en términos cuantitativos. Sin embargo, opina también que estas destrezas lógicas no son suficientes para el ser humano y que éste se vale también de una inteligencia experiencial que se basa en lo ya vivido y que, de forma preconsciente, rápida y fácil, funciona por asociaciones con las emociones y la personalidad en vez de por la lógica. Aparecen así los pensamientos¹⁴.

Esta inteligencia experiencial abre las puertas al segundo proceso que, según nos dice Zohar, se centra en redes neurales que crean un pensamiento asociativo

⁹ Cf. D. Zohar - I. Marshall, *Inteligencia espiritual...*, 19-29.

¹⁰ Cf. J. L. Vázquez Borau, *La inteligencia espiritual o el sentido de lo sagrado*, Bilbao 2010, 27.

¹¹ F. Torralba, *Inteligencia espiritual*, Barcelona 2011, 23.

¹² Cf. D. Zohar - I. Marshall, *Inteligencia espiritual...*, 49-54.

¹³ Cf. *Id.*, 55-58.

¹⁴ Cf. J. L. Vázquez Borau, *La inteligencia espiritual o el sentido...*, 28-29.

que, en su manifestación más simple, se actualiza por medio de los reflejos condicionados y se organiza reticularmente en estructuras capaces de ir aprendiendo con la experiencia mediante el ensayo y el error. En realidad, estas redes asociativas ofrecen un resultado que no es tan preciso como el del circuito en serie racional, pero tiene la ventaja de abrirse decididamente a la experiencia. Las emociones, resultado de diferentes asociaciones e interacciones, juegan aquí un papel fundamental¹⁵. Goleman presenta este sistema emocional como un “sistema de alarma neuronal anticuado”¹⁶ que debe ser correctamente balanceado para impedir respuestas desproporcionadas. De ese balance se encarga el lóbulo prefrontal que, “en caso de necesidad”¹⁷, lanzará una respuesta adecuada en combinación con la amígdala y otros componentes del cerebro emocional.

Así, resulta que es la combinación de la inteligencia emocional y la racional la que asegura una respuesta ponderada y equilibrada frente a cualquier situación. En esto coinciden tanto Goleman como Zohar y Vázquez Borau. Sin embargo, para Goleman, ese control lo aporta ya la propia inteligencia emocional pues “la competencia emocional constituye, en suma, una meta-habilidad que determina el grado de destreza que alcanzaremos en el dominio de todas nuestras otras facultades (entre las que se incluye el intelecto puro)”¹⁸, mientras que para Zohar y Vázquez Borau se necesita todavía un tercer elemento regulador.

Este tercer elemento es la *inteligencia espiritual*. Zohar afirma que nuestra percepción de la realidad es fragmentaria, mientras que nuestra comprensión es holística; nuestra mente es capaz de unificar las percepciones visuales, auditivas, térmicas o táctiles para captar el contexto general que las vincula a todas. El cerebro es el órgano encargado de traslapar todos esos fragmentos. De entre todo el conjunto de ondas electromagnéticas entre 0.5 y 200 Hertzios (Hz) presentes en el cerebro, ha sido posible medir que aquellas ondas emitidas para percibir la realidad oscilan entre los 35 y los 45 Hz; entre 35 y 45 ciclos por segundo. La aparición de la electroencefalografía y su aplicación directa sobre personas en profundo estado de meditación mostró que en esos estados se producían ondas alfa a 40 Hz. La magnetoencefalografía, que llegó en los años 90 del pasado siglo, muestra que estas ondas a 40 Hz desaparecen en cerebros en coma o anestesiados y son muy escasas en el estado de sueño sin sueños, pero se hallan muy presentes también en el estado REM de sueño profundo. De estas ondas a 40 Hz puede decirse, en primer lugar, que median entre el circuito en serie de la inteligencia racional y el sistema neural relacional; en segundo lugar, que son la base neuronal más posible para la concien-

¹⁵ Cf. D. Zohar - I. Marshall, *Inteligencia espiritual...*, 58-63.

¹⁶ D. Goleman, *Inteligencia emocional...*, 46.

¹⁷ *Id.*, 51.

¹⁸ *Id.*, 64.

cia y toda la experiencia consciente unificada y, por último, que son la base neural para la inteligencia unificadora que denominamos inteligencia espiritual¹⁹.

De aquí se deduce que la conciencia²⁰ no es un producto de la experiencia sensorial, sino un estado intrínseco del cerebro. Sin embargo, no podemos decir que sea una creación del cerebro. En realidad, según Zohar, existe una protoconciencia que sería una propiedad fundamental del universo material similar a otras propiedades como la masa, la carga eléctrica o la posición. El cerebro sería una de las pocas estructuras capaces de generar una conciencia plena a partir de esa protoconciencia. Y esa capacidad le viene de haber sido *diseñado* para ello, parara ser consciente y tener una dimensión trascendente²¹. La inteligencia espiritual proporcionaría el punto de inserción con el resto de la vida. Es nuestro contacto con la realidad y, de algún modo, es la responsable de sacar al ser humano de su comodidad y de hacerle prospeccionar en sí mismo para orientarlo después hacia el exterior. En definitiva, es la inteligencia la que le hace trascender.

Vázquez Borau nos recuerda que la trascendencia²² es la dimensión de apertura del ser humano. Esta impulso a no permanecer encerrado en sí mismo y a salir al exterior tiene tres eclosiones fundamentales: al mundo, transformándolo; al otro, comunicándose; y al Todo, captando su carácter infinito²³. La experiencia decisiva que se juega aquí es la experiencia del sentido. El ser humano no puede vivir su vida desde el absurdo, pues eso le hará precipitarse en la angustia. La razón le lleva a plantearse alternativas válidas frente al sin sentido y la crisis existencial, y la experiencia de encuentro con el misterio de la vida se ha materializado a lo largo de la historia en la relación del hombre con Dios. Ha sido así pese a que en muchas ocasiones ese Dios haya permanecido más oculto que desvelado. Sin embargo se trata de una experiencia fundamental para la humanidad, hasta el punto de que “la razón que acoge a Dios se hace inteligencia que intuye más allá de los datos y se transforma en sabiduría que impregna la vida de sentido y de sabor”²⁴.

Dios no puede entenderse automáticamente como referencia a un ser divino, creador, que se encuentra por encima de nosotros que, con dependencia de la

¹⁹ Cf. D. Zohar - I. Marshall, *Inteligencia espiritual...*, 66-69. 73-78.

²⁰ Aunque nosotros utilizaríamos aquí el término “consciencia”, Zohar y Marshall utilizan “conciencia” y así lo transcribimos.

²¹ Cf. D. Zohar - I. Marshall, *Inteligencia espiritual...*, 80-86.

²² La partícula *trans* hace referencia a la salida de sí, a ir más allá, a cruzar un límite. Por su parte, la presencia del verbo *scandere* nos trae la imagen de ascenso o escalada. Así, trascendente es quien supera una barrera y se coloca en un nivel elevado para poder ver con claridad. Trasciende quien no se contenta con lo ya conocido, sino que vive en permanente indagación sin acomodarse en lo ya tiene sabido. Trascendente es también la cualidad de todo aquello que nos impulsa a realizar esa ascensión...

²³ Cf. J. L. Vázquez Borau, *La inteligencia espiritual o el sentido...*, 45.

²⁴ L. Boff, “La moda de Dios” 2007-12-7 *Servicios Koinonía* <https://www.servicioskoinonia.org/boff/articulo.php?num=253> [20/06/2022].

propia tradición, nos tutela de forma más cercana o lejana. Este enfoque, que se concreta en experiencias religiosas particulares, tiene un componente universal que le es innato y que se encuentra en todas las tradiciones. En este sentido, Zohar se detiene en presentarnos el “punto divino”, relatando que diversos investigadores como Persinger y Ramachandran, entre otros, tras realizar diversos ensayos con meditadores pertenecientes a tradiciones orientales, pudieron establecer la relación entre experiencias espirituales y la excitación de los lóbulos temporales del cerebro. Estos lóbulos están íntimamente relacionados con el sistema límbico que conecta la emoción y la memoria. Se pondría así en evidencia la importancia de la biología en la experiencia espiritual, y la experiencia religiosa podría pasar a ser vista como una función cerebral. Los mismos lóbulos temporales se sobreexcitan en episodios epilépticos o en la manifestación de ciertos tipos de patologías esquizoides y neuróticas, pero las experiencias que relatan estas personas son mucho más perturbadoras y negativas, siendo mucho más difíciles de explicar e integrar en la vida cotidiana, que las descritas por las personas meditadoras sin patologías²⁵.

Por otro lado, M^a. Cruz Pérez Lancho afirma que, ya en 2006, los neurocientíficos M. Beauregard y V. Paquette contaron con la colaboración de un grupo de monjas carmelitas contemplativas, con cuya ayuda y mediante el uso de la técnica de Imágenes de Resonancia Magnética Funcional, pudieron comprobar que el recuerdo de ciertas experiencias místicas puede activar otras regiones cerebrales relacionadas con la memoria, el aprendizaje o el enamoramiento o vinculadas a las emociones y a los sentimientos, o responsables de la conciencia espacial. Se desmontaba así la consideración de una única zona cerebral en la que pudieran localizarse las experiencias espirituales. Esta misma autora subraya que se ha constatado cómo la práctica repetida de actividades como la meditación o la oración originan cambios significativos en las funciones ejecutivas. Y que, tras varias décadas ya de investigaciones, en este mismo sentido, con sujetos de diferentes tradiciones religiosas y mediante diversas técnicas de análisis se ha constatado que la cantidad y la diversidad de las regiones cerebrales implicadas apunta a que “el fenómeno de la espiritualidad es altamente complejo en el ser humano, del orden de la complejidad que tiene la representación cerebral de funciones mentales superiores como el lenguaje”²⁶.

En cualquier caso, esta cuestión del “punto divino” no prueba la existencia de Dios, pero sí muestra que el cerebro ha evolucionado de forma tal que nos permite hacernos preguntas trascendentales y generar la capacidad de procesar determina-

²⁵ Cf. D. Zohar - I. Marshall, *Inteligencia espiritual...*, 95-101.

²⁶ M^a. C. Pérez Lancho, “Inteligencia espiritual. Conceptualización y cartografía psicológica”. *International Journal of Developmental and Educational Psychology*, 2/1 (2016) 66.

dos significados y valores, tradicionalmente considerados como religiosos²⁷. De este modo, lo que podemos subrayar es que:

“el universo ha evolucionado, durante miles de millones de años, hasta producir en el cerebro el instrumento que capacita al ser humano para percibir la Presencia de Dios, que siempre estaba allí, aunque de un modo no perceptible conscientemente. La existencia de este «punto Dios» representa una ventaja evolutiva de nuestra especie homo. Es una referencia de sentido para nuestra vida. La espiritualidad pertenece a lo humano y no es monopolio de las religiones. Antes bien, las religiones son una de las expresiones de ese «punto Dios»”²⁸.

4. La inteligencia espiritual

Resulta así que no podemos identificar de forma automática espiritualidad y religión. La religión será la concreción de una experiencia espiritual determinada que surge como respuesta al anhelo de trascendencia de una conciencia que no puede encontrar descanso en el mundo tal cual es, y que, por lo tanto, aspira a mejorarlo originando en él posibilidades que puedan hacer real la utopía que la anima, sustentándose en la fantasía y en el deseo²⁹. La fantasía es creadora y el deseo es el desencadenante del dinamismo que impulsa al ser humano en esa búsqueda de felicidad a la que hemos llamado trascendencia y que no hace referencia exclusiva a un mundo ultraterreno, sino que comienza ya en éstas coordenadas espacio-temporales que compartimos con millones de personas, y que afecta a las condiciones de vida de todos y de todo.

La espiritualidad, por su parte, es el dinamismo intrínseco de la persona en el que todo esto tiene su fuente. Es la espiritualidad la que hace a la persona estar abierta a la realidad de la vida. Es la capacidad de acoger esa realidad y entablar con ella una relación que nos implique personalmente. Incluso para los no creyentes, la espiritualidad puede aportarles sentido, en cuanto pueden plantearse su propia vida en consonancia, por ejemplo, con la solidaridad, el amor incondicional, la confianza ante la muerte, la esperanza en un mundo mejor, la identificación con la naturaleza, la sensibilidad artística o la inspiración creativa³⁰. La espiritualidad hace posibles experiencias fundamentales que se viven e interpretan como momentos centrales,

²⁷ Cf. *Id.*, 65.

²⁸ L. Boff, “El ‘punto Dios’ en el cerebro” 2003-05-11. *Servicios Koinonía*. <https://servicioskoinonia.org/boff/articulo.php?num=042> [20/06/2022]

²⁹ Cf. L. Boff, “La moda...”

³⁰ Cf. J. Fernández, *Vivir y convivir. Cuatro aprendizajes básicos. Una búsqueda de lo humano para encontrarnos en lo universal*, Madrid 2008, 31.

prácticamente fundacionales. Mientras que la religiosidad requiere, por su propia naturaleza, partir de un acto de fe, la espiritualidad no exige fe alguna³¹. La espiritualidad, sin embargo, no se desentiende de la religión. Muy al contrario, es siempre integradora, pero no es absorbente ni castradora. La espiritualidad concede soporte a la religión pero también a la opción no religiosa, o no creyente, porque su incidencia principal se vierte sobre el ser humano que está llamado a protagonizar activamente su propia búsqueda.

Lo que a la vista de todo lo expuesto parece evidente es que la inteligencia espiritual, tal como aquí se ha presentado, no debería ser una más en la relación de inteligencias propuestas. Jugaría, en cambio, un papel unificador entre todas las inteligencias, energías y dimensiones del ser humano. Es la inteligencia capaz de moderar el debate entre lo racional y lo emotivo, que cohesiona y dinamiza todos los elementos constitutivos del ser humano y lo guía en su relación con la realidad exterior que descubre circundándole. Es un talento especial que podemos identificar como pura receptividad y relacionalidad³² y que, haciéndonos caer en la cuenta de nuestra limitación nos hace humildes. Paradójicamente, quienes niegan la posibilidad real de que esta inteligencia exista pueden hacerlo gracias a ella misma. Al orientarse hacia su propio interior se descubren allí enfrentados a una realidad que los supera y en la que no encuentran asidero alguno. Esta ausencia de punto de apoyo les impulsa a la negación.

Sin embargo, en opinión de J. Fernández e independientemente de que sea creyente o no, todo ser humano debería llevar personalmente a cabo cuatro aprendizajes fundamentales en su vida, que terminarán por constituirle como un ser en permanente búsqueda. Así, debe aprender, en primer lugar, que su naturaleza es limitada; el sentido del agradecimiento, en segundo lugar; tercero, a escuchar su propia conciencia y, finalmente, que existe una común dignidad humana. De esta forma, se hará cabalmente consciente de la realidad, de todo lo que recibe, de uno mismo y del otro³³.

Por su parte, López Quintás habla de un proceso de crecimiento personal en el que se profundiza en la propia naturaleza conforme cada uno se abre a los demás y se hace efectiva una serie de transformaciones, de *transfiguraciones*. Este proceso se desarrolla en doce fases o descubrimientos: Descubrir, primero, la realidad como un ámbito con el que me relaciono; segundo, la reversibilidad de las experiencias: su influencia sobre mí y la mía sobre ellas; tercero, la actitud de respeto, estima y colaboración que nos pide el encuentro con la realidad; cuarto, los valores y las virtu-

³¹ Cf. F. Torralba, *Inteligencia espiritual...*, 181.

³² Cf. J. Fernández, *Vivir y convivir...*, 31.

³³ Cf. *Id.*, 51-56. 63-174.

des como disposiciones habilitantes para crear encuentros reales; quinto, el ideal de vida como asunción del riesgo de entregarnos confiadamente a los demás; sexto, la libertad creativa como superior a la libertad de maniobra; séptimo, el sentido; octavo, la propia creatividad; noveno, la interrelación de la realidad; décimo, el lenguaje y el silencio como vehículos de encuentro; undécimo, la fecundidad del proceso de "éxtasis" o creación y el carácter destructor del proceso de fascinación o "vértigo" y, finalmente, la función decisiva de la afectividad³⁴.

Si las distintas formas de encuentro y descubrimientos se devalúan para convertirse en mero enriquecimiento personal o intercambio de intereses, se desvirtúa el objetivo final de la vida, que consiste en una continua elevación sobre la base natural que nos ha sido dada, sin buscar más respuesta ni planteamientos que puedan guiarnos en un proceso constante de búsqueda de sentido en conjunción con todos los demás y con toda la realidad que forma nuestro contexto. Por eso "es sumamente peligroso exaltar la vida y oponerla al espíritu"³⁵.

Como hemos visto ya, nuestro cerebro está biológicamente capacitado para procesar contenidos espirituales, pero, al igual que ocurre con el lenguaje, esta posibilidad se revela insuficiente si el desarrollo de esa función espiritual no se ofrece dentro de un contexto cultural y social concreto, con referentes simbólicos apropiados³⁶. En este contexto, se discute cuál es el papel de los adultos, de la sociedad, en la configuración de la espiritualidad como habilidad susceptible de ser aprendida pero lo que parece indudable es que "una sociedad que no potencie los valores profundos que componen la esfera espiritual, generará una sociedad espiritualmente analfabeta"³⁷. Ante este panorama nos queda la iniciativa personal para conseguir ser espiritualmente inteligentes en una cultura espiritualmente enfermiza³⁸.

5. Puntos clave de la inteligencia espiritual

5.1. *El dinamismo propio de la inteligencia espiritual*

En muchas ocasiones se ha preferido ordenar las tres inteligencias comenzando por la emocional, por lo que esta tiene de instintivo, que nadie discute que puede entenderse como una realidad que, en cierto modo, compartimos con los animales. El propio Goleman, según hemos visto, la define como la capacidad de controlar ese aparato instintivo y, desde este punto de vista, se trata de algo claramente pre-racional. A continuación, se colocaría la inteligencia racional, aunque desconectada

³⁴ Cf. A. López Quintás, *Descubrir la grandeza de la vida*. Bilbao 2011, 27-91.

³⁵ *Id.*, 126.

³⁶ Cf. M^a. C. Pérez Lancho. "Inteligencia espiritual. Conceptualización y cartografía...", 66

³⁷ *Id.*, 68.

³⁸ Cf. D. Zohar – I. Marshall, *Inteligencia espiritual...*, 259-271.

ya de ese carácter macizo que la presenta como un bloque unitario. Así, las múltiples inteligencias propuestas por Gardner no sólo no pierden esa exclusividad por la que la comprensión monolítica hacía de la inteligencia racional una propiedad del género humano, sino que en esta posición también la subrayan. Aunque sean muchas y no sólo una, lo que importa es destacar que son humanas. Por último, la inteligencia espiritual parecería como el escalón definitivo en el que se da el paso hacia un nuevo nivel evolutivo. La inteligencia se convierte así en el patrón que pone de manifiesto el ascenso evolutivo del ser humano desde niveles inferiores de animalidad hacia niveles más elevados.

Sin embargo, no parece ser esta la secuencia correcta. Esta imagen está fuertemente influida por la concepción lineal de la inteligencia, es decir, la que la concibe como una realidad que progresa según un principio de continuidad existente entre las especies, que ya definió Plotino en la edad antigua, y se vio reforzada por el planteamiento evolucionista de Darwin³⁹. Muy al contrario, todo parece indicar que las inteligencias emocional y racional se fueron desarrollando en paralelo mediante una interacción cooperativa. Es decir, tan humanos nos hace ser capaces de poner a trabajar cualquiera de esas inteligencias racionales como ser capaces de controlar nuestros instintos construyendo un perfil emocional equilibrado. Cada día parece más claro que los animales, en diferente medida y proporción son capaces de actuar racional y emotivamente. Utilizan herramientas, aprenden procesos que les resultan beneficiosos como, por ejemplo, técnicas de caza o defensivas, y son capaces de asociar diversas emociones a personas o situaciones que les resultan familiares. Ni la emoción ni la razón pueden ser definitorias del ser humano.

Se puede afirmar, sin embargo, que lo específicamente humano es la espiritualidad, entendida como afán de superación que puede expresarse en coordenadas religiosas o referirse también a cualquier persona no creyente, porque se entiende como la “interiorización, observación o sublimación de aquello que, siendo inmaterial le mueve, le conmueve o le inquieta más profundamente”⁴⁰. El animal no busca superarse; simplemente, es. Las diferentes tradiciones espirituales han presentado al ser humano como el ser que se descubre sediento y aspira a apagar esa sed. Por eso busca y la búsqueda produce en él un aprendizaje. La inteligencia espiritual nos coloca así en disposición de mejorar, y ese afán de mejora es la linde entre el mundo animal y el humano.

Que el ser humano es sensible a esta experiencia trascendente y que es hábil para desenvolverse en ella es el sustento en el que se apoya la existencia de la inte-

³⁹ J. J. Campos. “La evolución de la inteligencia”. En Baquedano, E. – S. Rubio (Eds) *Miscelánea en homenaje a Emiliano Aguirre*. III. *Paleoantropología*. Madrid 2004, 103. https://eprints.ucm.es/id/eprint/11648/1/103_LA_EVOLUCION_inteligencia.pdf [20/06/2022]

⁴⁰ J. Fernández, *Vivir y convivir*..., 32

ligencia espiritual. Pero la inteligencia espiritual no puede compararse sin más con la inteligencia existencial propuesta por Gardner. Es muy posible que aquí se encuentre la frontera entre las diversas formas de comprensión del ser humano y de la realidad misma. Por un lado, de lo que Gardner señala puede deducirse que la trascendencia tiene un origen meramente humano. Por el contrario, quien manifiesta la insuficiencia de la inteligencia existencial y reclama el reconocimiento de la existencia espiritual lo hace convencido de que esa trascendencia le conecta con una realidad distinta de él mismo, pero en la que, sin embargo, descubre o halla su origen. Es, para él, o ella, un retorno al hogar.

Ese retorno al hogar podría entenderse como la cuestión central de la vida humana. Es la búsqueda de sentido que se identifica como la primera expresión de la naturaleza no meramente natural del ser humano. En ese momento, el hombre o la mujer descubren la conciencia, la capacidad de valorar si actúan bien o mal como una creación de la inteligencia espiritual⁴¹.

El ser humano aspira a promocionarse solucionando sus problemas y mejorando su situación, de forma que su experiencia vital se enriquezca y mejore. Las tradiciones espirituales afirman que ese cambio acerca a los seres humanos a su verdadera naturaleza interior; aquella que permanece escondida bajo capas circunstanciales que pueden terminar por lastrarle irremediablemente. Este esfuerzo por actualizar todas sus potencialidades es trabajo espiritual entendido en su sentido más literal: superar la materialidad que nos reduce a lo perceptible, como si las únicas posibilidades reales que tenemos como seres humanos fuesen las que el contexto social y cultural pone a nuestra disposición. Según todas las tradiciones religiosas, nuestra naturaleza está todavía por descubrir. Podemos recordar aquí, por ejemplo, cómo el apóstol Juan afirma que “aún no se ha manifestado lo que seremos” (1 Jn 3, 2) mientras que el concepto “Maya”, propio del hinduismo, nos habla de un mundo ilusorio que esconde nuestro verdadero ser. Es verdad que la perspectiva occidental aguarda la revelación de esa naturaleza desconocida, mientras que la oriental propone la reunificación de las propias cualidades para alcanzar dicha identidad, pero esta diferencia, no pequeña, no anula la cuestión central de la ignorancia sobre nosotros mismos y acerca de nuestra naturaleza más profunda.

Conseguir que esa naturaleza se haga diáfana para nosotros sería ser, conscientemente, aquello que ya somos inadvertidamente. En este punto, los animales nos llevan ventaja pues ellos, simplemente, son, mientras que nosotros no somos capaces de descubrir sin cierto esfuerzo ese ser que somos y realizarlo; serlo. Sin embargo, nosotros tenemos la posibilidad de preguntarnos por lo que verdadera-

⁴¹ Cf. F. Torralba, *Inteligencia espiritual...*, 79-85

mente dota de valor y significado a nuestra existencia⁴². Cosa que, ciertamente, los animales no podrán hacer. En este sentido constatamos que la “deserción de la vida espiritual empobrece la vida humana y no permite resolver ninguno de los problemas planteados por la capacidad de pensar, sentir, querer, planificar...”⁴³. Son, ciertamente, estas capacidades de pensar -nuestra inteligencia racional-, de sentir -inteligencia emocional- y nuestro impulso volitivo -inteligencia espiritual- las que ponen en movimiento todo lo demás, las que son capaces de llevarnos a planificar y actuar humanamente.

El impulso pone en marcha la inteligencia y la hace fructificar. A la motivación fundamental para el desarrollo de la inteligencia espiritual la llamamos entusiasmo. El entusiasmo es un término griego que hace referencia a una agitación interior, a una posesión de los dioses que arrebató a la persona y la coloca en disposición de desarrollar toda su potencia creadora de forma amorosa, audaz y talentosa. Este entusiasmo no puede, sin más, remitir a un más allá etéreo sino que se dirige a nosotros mismos, en primer lugar, y a la realidad que nos rodea, después, de forma que pueda mejorar mucho para provecho nuestro y para el de todos y de la propia realidad.

Este entusiasmo nos pone de manifiesto que esa sed que constantemente nos impulsa a buscar y trascendernos no es, como suele afirmarse, una carencia, sino que se trata de un incontenible exceso de vida que se desborda en nosotros reconfigurando nuestra propia realidad⁴⁴. Esta sucinta afirmación es de capital importancia. Ser plenamente humano es un ejercicio de salida de sí mismo al encuentro con todos los aspectos de la realidad circundante. El ser humano es un “ser-en-el-mundo” capaz de tomar distancia respecto a ese mundo, a uno mismo y a la historia; este distanciamiento es el primer paso en la vida espiritual, que dará paso a poder sentirnos, precisamente a través de esos tres ámbitos, una vez “recuperados”, parte del Todo⁴⁵.

5.2. Relación con la ética

Hablamos de ética como marco universalizado a partir de planteamientos personales que se suscriben por una colectividad o por un pueblo determinado como compromiso común que garantice una convivencia respetuosa, responsable,

⁴² Cf. F. Torralba, *Inteligencia espiritual...*, 79

⁴³ A. López Quintás, *Descubrir la grandeza de la vida. Una vía de ascenso a la madurez personal*. Bilbao 2011, 126.

⁴⁴ Cf. X. Pikaza, *El fenómeno religioso*, Madrid 1999, 72.

⁴⁵ Cf. I. Gómez Villalba, *Educación de la inteligencia espiritual. Recursos para la clase de Religión*. Madrid 2014, 45.

tolerante y solidaria⁴⁶ en la que sea posible un desarrollo y crecimiento personal en el que tenga cabida el auto-examen, el discernimiento, la transformación y el descubrimiento de las posibilidades de creación de “formas elaboradas de encuentro”⁴⁷.

La ética es una construcción humana que se materializa mediante las diferentes acciones concretas que vamos llevando a cabo en la vida. El fundamento de estas acciones puede variar si se es una persona creyente o no. En el primer caso se cifrará en el amor al prójimo sustentado sobre la común naturaleza de ser hijos de Dios. En el segundo se erguirá sobre la común dignidad humana basada en la capacidad de amar y de distinguir el bien del mal y en la repulsión frente al sufrimiento ajeno que hace desear su eliminación como experiencia antropológica fundamental⁴⁸.

Normalmente, la utilidad de la ética se coloca en la organización de la convivencia, pero es posible también reconocerle un papel sanador que restañe heridas pasadas. Así lo testimonia el proceso histórico de reconciliación vivido en Sudáfrica y articulado por una comisión central y diversos comités presididos por el arzobispo anglicano Desmond Tutu. Intentos similares se han vivido en otras partes del mundo, aunque no todos con igual fortuna. En todos ellos el ambiente predominante debería ser el diálogo, pero reaparece el conflicto al querer imponer o justificar las propias posiciones.

Un auténtico diálogo, sin embargo, es capaz de purificar esas posiciones y discernir el grado de identificación con ellas, inaugurando así un “proceso personal de libre obediencia a la conciencia para elaborar la contradicción entre lo que vivimos realmente y lo que nos sugiere la referencia ética”⁴⁹. Mientras la espiritualidad nos pone en contacto con nuestra condición limitada al abrirnos a lo que nos supera haciéndonos humildes, la ética nos conecta con la común dignidad de seres humanos. Por ello, espiritualidad y ética conforman un caudal de experiencia que permite resituar el valor de las prioridades y las causas que pueden orientarnos en una dirección verdaderamente humanizadora, incluso en contextos sociales como el nuestro, en el que la espiritualidad formalmente trascendente no parece representar un valor confiable; en este sentido, la ética podría asumir el papel de espiritualidad genuinamente humana compartida por todos⁵⁰.

5.3. La inteligencia espiritual en la enseñanza escolar

⁴⁶ Cf. V. Camps, “El sentido del civismo. Civismo: las claves de la convivencia”. *Los monográficos de B.MM.* 6 (2005) 19-20.

⁴⁷ A. López Quintás, *Descubrir la grandeza de la vida...*, 15

⁴⁸ Cf. J. Fernández, *Vivir y convivir...*, 37.

⁴⁹ *Id.*, 42.

⁵⁰ Cf. J. Fernández, *Vivir y convivir...*, 45.

Internacionalmente se reconoce que “la educación debe contribuir al desarrollo global de cada persona: cuerpo y mente, inteligencia, sensibilidad, sentido estético, responsabilidad individual, espiritualidad”⁵¹. El objetivo de la práctica educativa es fomentar el espíritu crítico y conseguir que los alumnos lleguen a ser adultos autónomos y responsables. En este esfuerzo parece obvio que debe prestarse atención a todas las dimensiones del ser humano, si no queremos formar a un adulto incompleto o, cuando menos, renqueante.

Podría pensarse que el ámbito “natural”, el más propio para desarrollar la inteligencia espiritual en el ecosistema escolar, se halla en la asignatura de religión o Enseñanza Religiosa Escolar (ERE). En realidad, pese a ser un lugar importante y muy adecuado, no es el único. Si aceptamos verdaderamente que la inteligencia espiritual es, como ya se ha dicho, el motor que dinamiza a la persona, no podemos aceptar, sin más, que el resto de las materias o de los ámbitos educativos no estén relacionados con ella.

Como ya hemos visto, Jonan Fernández define cuatro aprendizajes fundamentales que hacen crecer a la persona. Caemos así en la cuenta de que la *limitación* no es incapacitante. Gracias a esta humildad podemos comprender al otro y ser empáticos con él. También nos revela aquello que nos supera y es la plataforma que nos permite confiar en las realidades que dinamizan la vida en su sentido más hondo. Descubrir que no todo en esta vida es fruto de nuestro propio esfuerzo, sino que hay muchas cosas que se consiguen con la cooperación y la combinación de esfuerzos propios y ajenos, hace brotar el agradecimiento por la existencia de esas realidades que aparecen en nuestra vida como un *don*. Por otro lado, agradecer lleva a destacar lo bueno como un valor positivo que a la vez que contrarresta la presencia de lo negativo, del mal, es interiorizado como *sentido* que salva a la existencia del absurdo. La escucha de la *conciencia* requiere pararse y prestar atención a los avisos, indicaciones o propuestas que surgen desde la interioridad más profunda. Es allí donde podemos aprender a ser realmente libres. Será preciso que vencamos las prisas y la impaciencia, y que sepamos acallar todo estímulo que nos urja a anteponer una solución precipitada. Finalmente, el aprendizaje de la *dignidad* humana nos conecta con el esa esencia común que nos hace a todos merecedores de respeto y sujetos de los mismos derechos y deberes. Podemos ver, incluso en los enemigos, una parte exactamente igual a nosotros mismos. Este aprendizaje requerirá que vivamos escuchando a los demás, trabajando esa imagen de semejanza mutua, experimentando la reconciliación y adoptando compromisos concretos que potencien un cambio real en la sociedad.

⁵¹ J. Delors, (ed.) *La educación encierra un tesoro. Informe a la UNESCO de la Comisión Internacional sobre Educación para el siglo XXI*. Madrid 1996, 106.

Por otro lado, los doce descubrimientos esenciales que propone López Quintás y que ya fueron también enumerados guardan relación, en algunos casos de forma más evidente que en otros, con estos cuatro aprendizajes propuestos por Jonan Fernández. Sin embargo, lo más decisivo de su propuesta nos parece la delimitación de los cuatro niveles de realidad y conducta que presenta. En realidad, él tan sólo enumera esos niveles del uno al cuatro. Nosotros les hemos añadido un nombre. En el primer nivel, que llamamos *natural*, la persona comprende la realidad exterior en base a la utilidad que dicha realidad tiene para ella. Aquí se incluyen tanto los objetos o utensilios como a las otras personas. El siguiente nivel será el nivel ético, en el que todo se valora según la posibilidad de colaboración que se establece entre distintas realidades. La persona se abre a la creación, pero no a la instrumentalización. Los otros pueden ser ayuda o incluso fuente de inspiración, y son respetados por este valor que aportan y por la cualidad interna que les permite aportarlo. Al tercer nivel lo hemos llamado *axiológico*; es el nivel de los principios y de los valores que nos orientan y nos hacen vivir plenamente como personas. Participar de esos valores nos permite renunciar a la voluntad de dominio y hacernos sensibles a lo noble y a lo valioso. Finalmente, el cuarto nivel, que identificamos como *religioso*, nos religa a un Ser que identificamos como “encarnación” absoluta de esos valores⁵².

La educación en estos aprendizajes y niveles debería proponerse como un conjunto de procesos y acciones educativas orientadas a dinamizar a la persona y a motivar en ella el deseo de escuchar su propia voz interior que le impulsa a seguir buscando y creciendo. Para ello los profesores debemos, en primer lugar, abandonar las prisas por conseguir resultados y cultivar la esperanza que prevea la fructificación futura de nuestros esfuerzos, y, en segundo lugar, descubrir la importancia de nuestra propia capacitación⁵³.

5.4. Competencias

La reflexión sobre la educación en el marco europeo lleva ya tiempo planteando la necesidad de trabajar por competencias más que por contenidos. El aprendizaje competencial se centra en educar las capacidades del alumno para que sea capaz de afrontar los retos que diferentes situaciones pueden presentarle. En resumidas cuentas, es una aplicación literal del concepto de inteligencia, entendida esta como esa capacidad propia de cada persona para aplicar lo aprendido y valerse de los recursos que tiene a su disposición para resolver cuestiones o problemas prácticos.

La aplicación de esta orientación ha llegado también a las diversas legislaciones españolas en materia educativa que, en la reciente *Ley Orgánica por la que*

⁵² Cf. A. López Quintás, *Descubrir la grandeza de la vida...*, 93-128.

⁵³ Cf. I. Gómez Villalba, *Educación la inteligencia espiritual...*, 54.

se Modifica la Ley Orgánica de Educación de 2020 presenta un modelo basado en 8 competencias: la competencia matemática y en ciencia, tecnología e ingeniería (STEM), la comunicación lingüística (CCL), la ciudadana (CC), la personal, social y de aprender a aprender (PSAA), la digital (CD), la conciencia y expresiones culturales (CCEC), la emprendedora (CE) y, finalmente, la plurilingüe (CP)⁵⁴.

El Informe de la Federación Española de Religiosos de la Enseñanza de la Comunidad de Madrid (FERE - CECA Madrid) especifica que Cualquier competencia presenta tres características: "constituye un saber hacer, esto es, un saber que se aplica; es susceptible de adecuarse a una diversidad de contextos; y tiene un carácter integrador, abarcando conocimientos, procedimientos y actitudes"⁵⁵.

Este Informe ofrecía una sistematización de las competencias espirituales basada en una tipología tetramórfica e inclusiva, que contemplaba, en un primer lugar, una *competencia espiritual* que podríamos llamar *general*. En ella se sitúan especialmente el sentido de la vida y los valores que configuran a cada uno como persona. En segundo lugar, nombra una *competencia espiritual trascendente* en la que a esos valores y sentido se le añade la experiencia del Misterio como realidad trascendente, y en la que se dan procesos peculiares y muy diversos. Es en esa competencia en la que se apoya, en tercer lugar, la *competencia espiritual religiosa*, en la que se concitan el ámbito de lo sagrado, la actitud religiosa y las diferentes mediaciones propias de cada tradición. Gracias a ella, cada uno puede compartir con otros la propia experiencia espiritual, sintiéndose miembro activo del grupo con el cual se identifica, y junto al que manifiesta de diversas maneras su religiosidad. Finalmente, la *competencia espiritual religiosa* propia de cada confesión, en la que se contempla la originalidad propia de cada una de ellas. A continuación, se enumeran, para cada una de las tres primeras, una serie de rasgos y procesos que van, *in cres-*

⁵⁴ Como dato de interés, recogemos telegráficamente la aportación de J. Valle, en su intervención *Razones para un nuevo currículo de religión en el marco internacional de la educación* en el Foro "Hacia un nuevo currículo de religión católica", celebrado en Madrid entre febrero y marzo de 2021, detallando la implicación de la asignatura de religión en cada una de las nuevas competencias. STEAM: Reflexiones sobre conceptos como el infinito, lo comprensible o incomprensible, las relaciones entre ciencia y religión, además de detenerse en cuestiones como la genética, la clonación o la inteligencia artificial. CCL: El valor de lo simbólico, lo metafórico y lo parabólico. CC: Importancia de las relaciones interpersonales en la construcción de un modo nuevo de relacionarse. PSAA: Importancia del autoconocimiento para poder organizar el propio aprendizaje y para convivir en sociedad. CD: Uso ético y responsable de las nuevas tecnologías. CCEC: El arte y la cultura como expresión de la fe y de la dignidad humana. CE: Empezar según la doctrina social de la Iglesia para mejorar la vida de los más desfavorecidos. CP: Relativización del propio lenguaje y acercamiento a los demás asumiendo la responsabilidad de aprender otras gramáticas y cultivar otros vocabularios

⁵⁵ *Reflexiones en torno a la competencia espiritual. La dimensión espiritual y religiosa en el contexto de las competencias básicas educativas*. Informe de la Federación Española de Religiosos de la Enseñanza de la Comunidad de Madrid (FERE - CECA Madrid), Madrid 2008, 8. 27.

cendo, acogiendo todas las anteriores, con lo que la lista termina siendo bastante extensa⁵⁶.

Nos parece, sin embargo, más útil la presentación que el mismo Informe realiza de una serie de elementos que, a su entender, configuran la competencia espiritual. El *autoconocimiento*, la necesidad de sentido y una opción de vida sería el primero de ellos. Se reconoce aquí la necesidad de que la enseñanza, reglada o no, desarrolle y dé cauce a la voluntad de sentido como elemento central de quien aspira a ser feliz. En segundo lugar, aparece la *identificación con los valores* que dan sentido a la vida de la persona y del grupo, y que necesitan ser trabajados y profundizados. En tercer lugar, los *relatos unificadores y utópicos*, que recogen la experiencia propia, insertándola en procesos mucho más amplios proyectándolos hacia el futuro. En cuarto lugar, el *sentido de pertenencia*. Esta pertenencia se decide en la relación que establecemos con los demás y en el reconocimiento que hacemos de valores y dimensiones comunes. En quinto lugar, la *capacidad de aceptar preguntas y respuestas desde la filosofía y las religiones* como valoración crítica del enriquecimiento que las aportaciones de estas perspectivas pueden brindarnos. En sexto lugar, la *admiración de la belleza* y el compromiso con la ecología, que presenta la naturaleza como un interlocutor de primer orden del ser humano, lugar de residencia y camino para la trascendencia. Y, en séptimo lugar, la *contemplación* como recuperación de una actividad específica del ser humano, desplazada por otras que no son, sin embargo, capaces de aportarle tanto como ella⁵⁷.

Mucho más recientemente, A. Martín y sus colaboradores llevaron a cabo un estudio cualitativo en el que comienzan relacionando las competencias presentes en una serie de autores significativos, e identifican ocho coincidencias significativas que podrían, a priori, identificarse como competencias propias de la inteligencia espiritual. Estas competencias serían: Consciencia, Sentido, Amor, Sentimientos (paz, gratitud...), Trascendencia, Libertad, Reconciliación y Aceptación del dolor. Finalmente, estos autores concluyen su estudio determinando que pueden definirse nueve competencias de la inteligencia espiritual. Estas son: Consciencia, Trascendencia, Sentido, Compasión - Amor, Aceptación del dolor, Perdón, Gratitud, Libertad y Efectos. Bajo el título "Efectos" agrupan Paz, Belleza, Confianza y Alegría⁵⁸.

5.5. Interculturalidad e interreligiosidad

Estas competencias definen no sólo características propias de la inteligencia espiritual, sino también actitudes que revelan, educan y potencian capacidades

⁵⁶ Cf. *Id.*, 73-83.

⁵⁷ Cf. *Id.*, 84-96.

⁵⁸ Cf. A. Martín *et al.* "Definición y competencias de la Inteligencia Espiritual". Estudio cualitativo. *Acción psicológica* 17/2 (2020) 95.

personales para afrontar problemas y situaciones que no se ajustan a lo ideal. Estas actitudes, al ser propias de la inteligencia espiritual, son también patrimonio de las diversas expresiones religiosas que surgen como materialización de esa espiritualidad que nos anima a todos. Esta cuestión es especialmente significativa, tanto para el diálogo interreligioso como la convivencia intercultural. Fue precisamente del crecimiento de la convivencia intercultural en nuestras aulas de donde surgió la inspiración primera de estas páginas.

Crece también cada día el convencimiento de que “la dimensión cultural de la integración y el diálogo intercultural, incluido el diálogo inter e intra confesional, se convierte en un instrumento esencial para fomentar el éxito de la integración y contrarrestar el racismo y el extremismo”⁵⁹. Estos autores recurren a Deardorff para definir la competencia cultural como “la capacidad de comportarse y comunicarse de forma eficaz y adecuada en situaciones interculturales sobre la base de los propios conocimientos, habilidades y actitudes interculturales”⁶⁰. Nuestro convencimiento es que esta afirmación podría decirse exactamente igual de una competencia espiritual que permitiese conocer e interpretar la experiencia religiosa de cualquier cultura recurriendo a la experiencia propia. La razón de esta capacidad está en que cualquier religión es, como ya se dijo, la concreción de una espiritualidad que apunta, en el fondo, a una realidad común para todas las personas.

Según lo expuesto, incluso en el caso de tratarse de personas no creyentes, podrían valerse de su inteligencia espiritual no religiosa y el entendimiento sería el mismo, pues la espiritualidad es un marco común para todos en el que se actualizan las competencias que acabamos de mencionar como propias de la inteligencia espiritual.

La espiritualidad es universal y la religión es la concreción particular de esa universalidad. La espiritualidad es la naturaleza humana que busca siempre trascender, prosperar, independientemente de que se haga de forma religiosa o no. Esto abre, por un lado, la puerta a un entendimiento mutuo entre religiones, que pueda superar cualquier problema como los que puedan darse en nuestras aulas, pero también a gran escala, como lamentablemente sucede en la actualidad internacional. Y no desde hace poco tiempo, precisamente, sino desde hace ya siglos. La historia de la humanidad habría sido muy diferente si se hubiese acentuado esta compatibilidad entre particularidades y no se hubiera confundido cada una de esas concreciones con la verdad absoluta que muchos quieren imponer, como única, a los demás.

⁵⁹ M. L. Sierra - Fernández, C.. “Fostering intercultural dialogue through religious education in primary school in Spain”. *Profesorado. Revista del currículum y formación del profesorado*, 24/3 (2020) 338.

⁶⁰ *Id.*, 341

Por otro lado, esta comprensión de la inteligencia espiritual, abre también la puerta a una educación religiosa escolar (ERE) que vaya más allá de la educación confesional y que busque encontrarse con todas las tradiciones de sabiduría y cosmovisiones, que sepa dar razón de las propias creencias y las conecte con los derechos fundamentales, que sepa integrar los sistemas de valores, que desarrolle las competencias educativas, espirituales o no, y que se abra a todos asumiendo y recogiendo su carácter cultural y lo exponga desde y en el nuevo contexto social de pluralismo religioso y secular.

6. Conclusiones

La etimología de la palabra inteligencia nos remite a la capacidad de saber elegir (*eligere*) entre (*inter*) varias opciones. Aplicando un sesgo positivo, se podría hablar de “elegir bien”, “deliberar”, “anticipar”, “valorar posibles consecuencias” u otros significados similares. Es posible también hablar de inteligencia como leer (*legere*) en el interior (*intus*), y estaríamos entonces ante una capacidad de “no quedarse con la fachada”, “conocer el interior” o “ver más allá de lo inmediato”. La primera parece una aproximación más cercana a la inteligencia racional o lógica, mientras que la segunda se acercaría más a la inteligencia emocional. Intelectualidad y emotividad han sido, tal como hemos visto, las dos grandes clases de inteligencia que se han tenido presentes ya desde tiempos muy remotos. Sin embargo, en este trabajo se ha reflexionado sobre el auge de la consideración de un tercer tipo de inteligencia, la inteligencia espiritual, cuya existencia viene planteándose hace apenas un siglo.

El término “espiritualidad” levanta ampollas por la inmediata relación que se establece entre él y la esfera religiosa. Espíritu es, ciertamente, aquello que anima. Ánima es, de hecho, un sinónimo corriente para alma, una realidad intangible que, se supone, es la esencia de la persona. Es su núcleo inmaterial y verdadero, es ajeno al mundo natural y susceptible de ser esclavizada por él. Esta concepción depende más de la filosofía griega que de la cosmología judeocristiana, pero se ha hecho fuerte en nuestro contexto cultural y, asociada al papel que la religiones han jugado muchas veces en la historia, ha terminado por generar un fuerte rechazo frente a lo religioso. Espíritu, sin embargo, es la vida divina misma que el Ser Supremo comparte con la humanidad. Es la fuerza vital que le impulsa en su día a día, no para escapar de un mundo que lo mantiene apresado, sino para descubrir su verdadera naturaleza que tiende muchas veces, por la premura del momento, a pasarnos desapercibida.

Así, sin que la inteligencia espiritual se oponga a ese contexto religioso, tendrá que ver también con la capacidad de saber leernos a nosotros mismos y al medio en el que nos desenvolvemos. Tendrá que ver con ser empáticos con los demás y con el ambiente que surge de nuestra convivencia, con toda la variedad de ámbitos que ésta puede generar. Tendrá que ver igualmente con no engañarnos a nosotros

mismos y con darnos a conocer a todos con autenticidad. También influirá, lógicamente, en saber realizar elecciones adecuadas en consonancia con el momento y la situación concretos en que vivimos y con a la verdad que vamos descubriendo sobre nosotros mismos.

La inteligencia espiritual es una capacidad o conjunto de capacidades que desarrollan creativamente la identidad a través de la integración, que favorecen actuaciones éticas con comprensión y compasión, que trascienden los acontecimientos y realidades, y que tienen una función adaptativa que permite al sujeto afrontar y resolver problemas de significado y valor, conseguir objetivos, encontrar significado y sentido en la vida, aceptar la realidad, liberarse de condicionantes y generar paz, alegría, gratitud y perdón⁶¹. Es el sistema de capacidades necesarias para la comprensión profunda de cuestiones de significado y sentido, que hacen posible la integración de todas las dimensiones de la persona, la resolución de problemas existenciales, la trascendencia y la transformación de la realidad cotidiana a través de niveles altos de consciencia, de coherencia ética y de amor-compasión⁶².

Las modernas investigaciones nos han mostrado la “materialidad” de la actividad espiritual que, en rigor, no puede entenderse como una creación del cerebro, pero sí como una respuesta evolutiva que produjo ventajas para la especie humana en cuanto que la hizo más feliz, más segura de sí misma y capaz de sobreponerse a la frustración para diseñar futuros motivadores e inspiradores. En el origen no meramente humano de ese impulso es donde la fe religiosa coloca la intervención divina en la historia. Ese impulso sería el desencadenante de la pregunta por el sentido, del movimiento de búsqueda y el afán de superación del ser humano que pondría en marcha toda su actividad en la que la inteligencia espiritual coordinaría a la racional y a la emocional en un equilibrio en el que las tres se armonizarían para lograr un resultado unificador.

Lo deseable pues, no sería un cultivo de la inteligencia espiritual por sí misma, sino hacer efectiva su aportación al descubrimiento y cultivo de la realidad íntima del ser humano, tanto personal como colectivo. En este sentido, nos resulta evidente la afinidad e ilación de los aprendizajes y descubrimientos que proponen J. Fernández y A. López Quintás. Por eso se postula una interacción global entre todos ellos, de forma que conforme se van aprendiendo y descubriendo se van iluminando unos a otros, y esa iluminación produce un avance que incide también positivamente sobre los otros.

Las competencias espirituales identificadas son también actitudes propias de la espiritualidad que la inteligencia espiritual puede ayudarnos a trabajar y a culti-

⁶¹ Cf. A. Martín. *et al.* “Definición y competencias de la Inteligencia Espiritual”..., 86.

⁶² Cf. *Id.*, 95.

var. Nos interesa especialmente esta cuestión competencial por su importancia en el contexto educativo. Las competencias definen ahí un modo de educar atento a conocimientos, destrezas y actitudes que se traducen en saber desenvolverse en las cuestiones cotidianas. En el ámbito educativo estas competencias espirituales se unen a las académicas y contribuyen a lograr ese modelo final que se desea conseguir y que la LOMLOE define como “perfil de salida”. Pero atendiendo al carácter universal de la inteligencia espiritual, de la que ya se ha dicho que coordina a las otras dos y que no es, sin más, una inteligencia que añadir a la lista definida por Gardner, o a cualquier otra, habrá que concluir que esos talentos espirituales poseen también una naturaleza bidireccional por la que deberían ser tenidos en cuenta por todas las materias. Todas ellas están llamadas a contribuir a la meta final que será transformar al alumno de hoy en una persona *consciente* de sí misma y del mundo que le rodea; atenta a la *trascendencia*, a la superación y mejora de sus propias condiciones y de las de todos; sensible ante las circunstancias de la vida y el *sentido* que ésta va adquiriendo; movida por la *compasión* y por el *amor*; capaz de *aceptar* el dolor, la frustración y las negatividades de la vida, sin dejarse vencer y dominar por ellas; capaz de experimentar el *perdón* como símbolo de un nuevo comienzo; sensible a la *gratitud* de las cosas y ajeno a la mercantilización que ciertos sectores de la sociedad parecen querer imponer a todos; capaz de experimentar la *libertad* como un estado interior; buscadora de la *paz*, de la *belleza*, de la *confianza* y de la *alegría* como ecosistema en el que el grupo social tiene que desenvolverse para crecer, madurar y realizar un mundo más justo y humano.

Finalmente, se ha insistido en recordar que estas competencias representan también una clave decisiva para asegurar la convivencia al definir comportamientos comunes para todos los seres humanos. De este modo, se pueden señalar una serie de habilidades interculturales e interreligiosas que pasan por: reconocer la relevancia de cada tradición religiosa, fomentar el diálogo entre todos, re-conocer al otro como igual a mí mismo y, a la vez, desarrollar la propia identidad. Se puede hablar así, también de una *competencia interreligiosa* que asegure una interacción respetuosa, que promueva la ruptura de prejuicios, que fundamente la confianza mutua, y que pueda contribuir a una organización pacífica de la sociedad en todos sus ámbitos. En este sentido, vendrá bien recordar la afirmación de Hans Küng asegurando la imposibilidad de que se diese la paz entre las naciones si no se conseguía primero la paz entre las religiones.

7. Propuesta final

Así las cosas, parece claro que se puede abrir la puerta a una educación espiritual en los centros escolares, según se viene hablando de la inteligencia espiritual en estas páginas. Esto no quiere decir que esta educación tenga que impartirse úni-

camente en la clase de religión o que sea ésta última la que deba asumir en solitario el peso de esta educación. Queda claro que se propone un modelo transversal de educación espiritual, como no puede ser de otra manera al plantear la espiritualidad como una dimensión humana fundamental. Hacemos nuestra la afirmación atribuida, sin referencia específica, a Jaime Cabré: “La auténtica educación consiste en enseñar a los niños a construir su propio mundo interior”.

Queda para otras instancias la discusión sobre la conveniencia o no de una enseñanza confesional en las escuelas o de si sería más conveniente una educación en la historia y cultura de las religiones.

En cualquier caso, será siempre productivo proponer a los estudiantes experiencias que potencien y estimulen el deseo del encuentro consigo mismos y que estimulen en ellos la actitud de búsqueda; experiencias que comuniquen un mensaje claro y conciso que puedan clarificar el sentido de lo que se vive y, finalmente, experiencias que conduzcan a una praxis transformadora del entorno⁶³.

En este sentido, nuestra propuesta sería concretar esa educación espiritual en cuatro grandes dimensiones:

7.1. *Contemplativa*

Entendida como la capacidad de encontrar a Dios en la realidad. Se compone de dos focos. En primer lugar, el *silencio*: una dimensión fundamental en la experiencia espiritual y religiosa. No existe ninguna tradición que no lo haya cultivado de una manera u otra y en mayor o menor medida. Es célebre la gran tradición meditativa oriental, pero no es algo desconocido para las tradiciones monoteístas occidentales. El silencio es el espacio en el que es posible el encuentro personal con la Fuente Trascendente de la vida a la que en occidente llamamos Dios. No es un espacio cómodo ni se trata de una práctica sencilla. Estamos, en primer lugar, muy poco habituados a él y habitarlo con sinceridad exige desprenderse de muchas autoimágenes que entorpecen nuestro conocimiento verdadero, dejando al descubierto aspectos no siempre agradables de nosotros mismos.

En segundo lugar, la *presencia*: la cualidad de estar presente, de estar viviendo el momento actual atento a todos los detalles y a las circunstancias que concurren; atento a cada persona con la que nos encontramos. Es consecuencia directa del silencio, cuando este se vive como actitud positiva que quiere centrarse en lo verda-

⁶³ Cf. M. A. Vázquez, “La inteligencia espiritual y sus aportes a la educación religiosa escolar”. *Revista de la Universidad de La Salle*, 78 (2018) 235; Cf. I. Gómez Villalba, *Educación la inteligencia espiritual...*, 56-57.

deramente necesario, sin dejar resquicio para dejarnos arrebatar por lo urgente. Se requiere capacidad de concentración y voluntad de evitar la dispersión.

Esta dimensión puede aportarnos beneficios muy importantes, empezando por la simple relajación que da comienzo a una nueva forma de estar en el mundo –y en la clase– que irá ganando en profundidad y amplitud conforme se vaya practicando.

7.2. Simbólica

Manejarse en este mundo interior no es sencillo, pero encontrar formas que expresen lo que en él se vive tampoco lo es. Todas las tradiciones religiosas y espirituales han recurrido a los símbolos para expresar realidades que no saben cómo comunicar mejor. La simbología religiosa es muy rica y detallada; es casi inabarcable, pero posee gran riqueza expresiva y es una fuente inagotable de inspiración.

Cualquier lenguaje es, en sí mismo, un sistema simbólico. Los abecedarios, los números, los jeroglíficos... cualquier sistema comunicativo es un lenguaje simbólico ideado para comunicarse y poder expresar vivencias, ideas o sentimientos. Tan sólo es necesario que el emisor y el receptor conozcan las “claves” necesarias para codificar o descifrar el mensaje. Cuanto más compleja es una cultura, más elaborado será su lenguaje, pero también es cierto que lenguajes y culturas más sencillos no tienen por qué depender de experiencias interiores más simples; tan sólo puede decirse que han encontrado una manera útil de expresarse según sus propias condiciones ambientales y sus necesidades.

Puede ser realmente complejo iniciarse no sólo en la identificación de símbolos ajenos, sino en la producción de los propios símbolos. Educar en una forma de comunicación capaz de comunicar lo incommunicable es una excelente forma de enriquecer al ser humano, de abrir su mente y su corazón a nuevos planteamientos que no se detengan en la literalidad de la forma y es también una buena forma de encontrar “claves” comunes.

7.3. Ética

No es posible cultivar la interioridad y permanecer ajeno a la exterioridad. Eso sería una vivencia patológica de esa interioridad. Lo ético tiene relación evidente con la construcción de una realidad mucho más acogedora y nutritiva para todos. Es una derivada evidente de las dos dimensiones anteriores. Descubrir a Dios e intentar expresarlo lleva a un comportamiento determinado con todos los demás. Lo ético, por definición, es también, lo universalizable; lo que puede aplicarse a todos. En una distinción clásica entre moral y ética, aquella sería lo particular, lo que es propio de

una sociedad, de una cultura o de una religión mientras que lo ético sería aquello que es universal, válido para todos. Se corresponde con criterios y valores que todos pueden asumir como propios sin traicionar su propio espíritu, su propia moral.

Es conocida la existencia de una regla de oro presente en la práctica totalidad de las tradiciones religiosas que, en el caso del cristianismo, se expresa con la sencilla máxima: “Lo que queráis que os hagan los hombres, hacédselo vosotros igualmente” (Lc 6, 31 par). La misma regla puede encontrarse en el judaísmo, en el islam, en el taoísmo, en el hinduismo, en la fe Bahai, en la comunidad Shijk, en el budismo, en el zoroastrismo y en muchas otras confesiones. Es un principio universal, ético por definición.

Resalta la importancia de estos principios por lo que tiene de aglomerante. En el ambiente escolar que describíamos al comienzo de estas páginas es de vital importancia encontrar principios unificadores. También lo es encontrarlos en el conjunto de la sociedad y sería genial que fuese en la escuela donde comenzarse a allanarse la convivencia entre culturas y tradiciones.

7.4. Icónica

Icono es una palabra griega que significa imagen. Aunque en nuestro tiempo se esté hablando de lo icónico como lo ideal o aquello que es referente para los demás, lo cierto es que cualquier imagen es un icono. Tiene sentido emplear esta denominación al hablar de espiritualidad, por toda la carga histórica y simbólica que tiene en el mundo de las religiones. Con este término nos referimos a todo aquello que es perceptible en el mundo de las religiones y de la espiritualidad, a todas las manifestaciones que se dan cita en él y a las diversas cosmovisiones e imágenes que abarca. Dicho llanamente, nos referimos a la imagen de Dios o del Ser Supremo que cada religión plantea. La diferencia entre una imagen aprendida, o heredada, y otra descubierta, expresada y vivida en comunidad puede ser definitiva en el modo de relacionarse entre las diversas tradiciones, o incluso entre sujetos o grupos dentro de una misma tradición.

Del mismo modo que se buscan conexiones entre las vivencias interiores de las personas y de los grupos, se buscan también entre las proyecciones exteriores. En ellas es posible encontrar equivalencias que nos den pistas sobre realidades fundamentales que varían en su expresión pero no en su significado íntimo para las personas. Pueden ser motivos de comunión, de contacto entre personas, culturas y religiones, pero pueden ser verdaderamente complejas y dar lugar a equivocaciones y malentendidos como la historia de la humanidad ha demostrado una y otra vez. De ahí que haya que acercarse a ellas con mucha prudencia y respeto.

7.5. Coda

Quedará claro que con estas cuatro coordenadas se está optando por un enfoque más cercano al planteamiento de una enseñanza fenomenológica o histórica que confesional de las religiones. Sin embargo, pensamos que, en realidad, se está dando aquí un paso más, pues se enriquece a la mera fenomenología o a la historia de las religiones con una aportación práctica, personal y comunitaria que, en nuestra opinión, no siempre se resalta convenientemente. En cualquier caso, mantenemos la idea de que este es un enfoque que puede presentarse al margen de una asignatura que, de un modo u otro, trate el tema de la religión. Por otra parte, el tema que tratamos puede ser todavía complementado gracias a contribuciones decisivas emanadas desde la reflexión filosófica que, a lo largo de la historia, ha tenido una muy importante participación en la búsqueda y definición del espíritu humano, sobre todo desde la antropología filosófica y la misma filosofía de la religión. Por lo demás, mantenemos también su dimensión transversal, por lo que podrían todavía especificarse las diferentes contribuciones del resto de materias a la hora de presentarlo en clase de una forma integral y enriquecedora para todos.

El objetivo final no es sustituir a la asignatura de ERE, se entienda como se entienda, por una nueva asignatura. En realidad, se propone reparar en un “nuevo” ámbito espiritual en el que podrían tener cabida, primero, las cuestiones tratadas en la asignatura de ERE, ya se presenten de forma confesional o fenomenológica; en la asignatura estrictamente ligada a la ética, en segundo lugar, bien que se estructure a partir de valores éticos o como educación para la ciudadanía y, finalmente, todo cuanto aquí se ha hablado acerca de la inteligencia espiritual, aplicándolo de forma específica al cultivo de la interioridad y de la persona humana. Que esto pueda organizarse en una sola asignatura o en varias sería cuestión a dilucidar por las instancias competentes pero pensamos que produciría un cambio positivo en relación a la educación de los alumnos, al cuidado de la convivencia, y al desarrollo de la reflexión y la práctica social en su conjunto.

En cuanto al ecosistema social extra académico, surge la convicción de que el planteamiento en las aulas de una dimensión espiritual en los términos que se han expuesto en estas páginas, contribuirá a la reflexión y facilitará una práctica que pueda dejar de lado posturas que no valoran a las personas en su integridad, sino en dependencia de criterios utilitaristas o economicistas. La esperanza está en que sean nuestros alumnos quienes, al descubrir perspectivas nuevas en su convivencia escolar puedan trasvasarlas de forma eficaz al exterior, a sus ambientes familiares y sociales. En cualquier caso, sería deseable la normalización de los criterios aquí expuestos, tanto dentro como fuera de las aulas. La transversalidad se transforma aquí en coherencia y pone de manifiesto la autenticidad del tejido social en su conjunto.

BIBLIOGRAFÍA

- ARIAS, R. - LEMOS, V. "Una aproximación teórica y empírica al constructo de la inteligencia espiritual". *Enfoques* 27/1 (2015) 79-102.
- BOFF, L. "La moda de Dios" 2007-12-7 *Servicios Koinonía* <https://www.servicioskoinonia.org/boff/articulo.php?num=253> [20/06/2022].
- BOFF, L. "El 'punto Dios' en el cerebro" 2003-05-11. *Servicios Koinonía*. <https://servicioskoinonia.org/boff/articulo.php?num=042> [20/06/2022]
- CAMPOS, J. J. "La evolución de la inteligencia", en Baquedano, E. – S. Rubio (eds) *Miscelánea en homenaje a Emiliano Aguirre*. III. *Paleoantropología*. Madrid 2004, 103. https://eprints.ucm.es/id/eprint/11648/1/103_LA_EVOLUCION_inteligencia.pdf [20/06/2022]
- CAMPS, V. "El sentido del civismo. Civismo: las claves de la convivencia". *Los monográficos de B.MM.* 6 (2005) 15-21.
- DELORS, J. (ed.) *La educación encierra un tesoro. Informe a la UNESCO de la Comisión Internacional sobre Educación para el siglo XXI*, Santillana – Ediciones UNESCO, Madrid 1996.
- FERNÁNDEZ, J. *Vivir y convivir. Cuatro aprendizajes básicos. Una búsqueda de lo humano para encontrarnos en lo universal*, Alianza Editorial, Madrid 2008.
- GARDNER, H. *Frames of mind. The theory of multiple intelligences*, Basic Books, New York, 2011
- GARDNER, H. "La educación del futuro", en *X Congreso de Escuelas Católicas*, celebrado en Toledo del 26 al 28 de noviembre de 2009. https://cmappublic.ihmc.us/rid=1J7Q3F6YD-1TX5L31-26NC/4Ponencia_Gardner.pdf [20/06/2022]
- GOLEMAN, D. *Inteligencia emocional*, Kairós, Madrid 2003.
- GÓMEZ VILLALBA, I. *Educación de la inteligencia espiritual. Recursos para la clase de religión*, Khaf, Madrid 2014.
- LÓPEZ QUINTÁS, A. *Descubrir la grandeza de la vida*, Desclee de Brower, Bilbao 2011.
- MARTÍN, A. et al. "Definición y competencias de la Inteligencia Espiritual. Estudio cualitativo". *Acción psicológica* 17/2 (2020) 83-102.